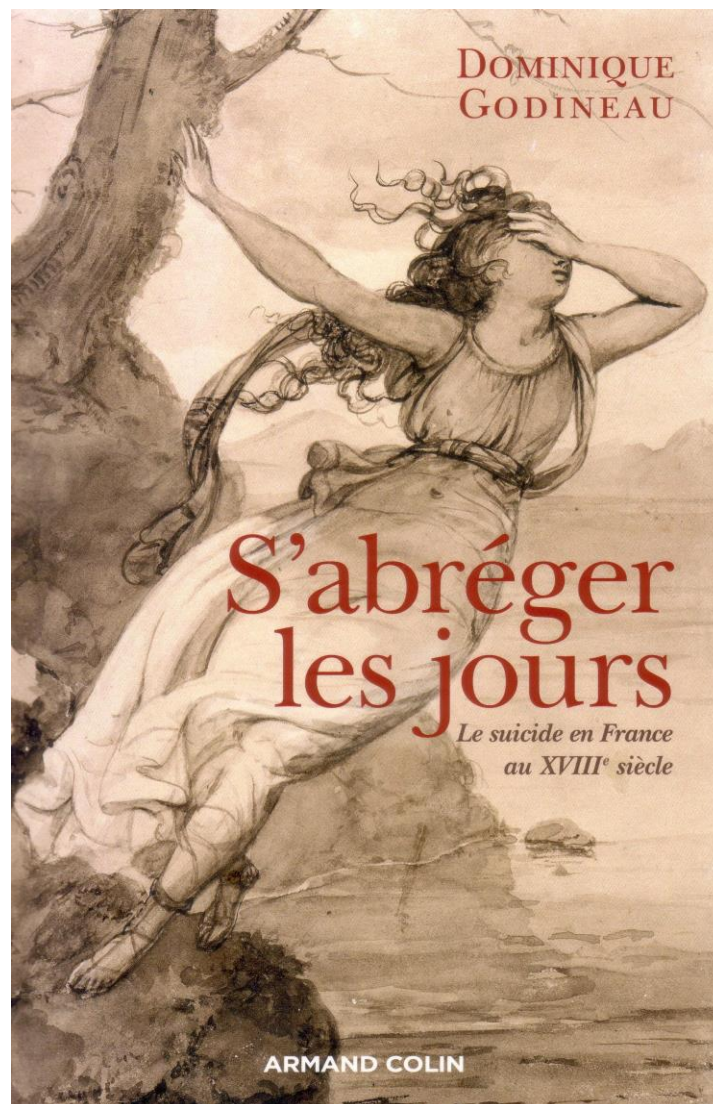


DOMINIQUE GODINEAU,  
*S'ABRÉGER LES JOURS. LE SUICIDE EN FRANCE AU XVIII<sup>e</sup> SIÈCLE,*  
ARMAND COLIN, PARIS, 2012, 336 P.

María Eugenia ALBORNOZ VÁSQUEZ (\*)



(\*) Magíster en Estudios de Género y Cultura (Universidad de Chile), DEA en Historia y candidata a doctora en Historia (EHESS de París). Editora en Acto Editores e investigadora independiente, Chile. [maujialbornoz@gmail.com](mailto:maujialbornoz@gmail.com)

**Dominique Godineau,**  
***S'abréger les jours. Le suicide en France au XVIIIe siècle,***  
**Armand Colin, Paris, 2013, 336 p.**

María Eugenia ALBORNOZ VÁSQUEZ

El título de esta obra se compone de dos trozos, los que simbolizan el ejercicio desarrollado: la frase inicial, que traduciremos como “acortarse los días”, es una de las tantas maneras de la lengua francesa de Antiguo Régimen para nombrar el acto de matarse. La segunda parte, “el suicidio en Francia durante el siglo XVIII”, recuerda que estamos ante un trabajo historiográfico con tiempo y lugar delimitados. No se optó aquí por un titular golpeador ni se eligió la escueta información sobre el contenido de la investigación. Esa mezcla de voz local con mirada investigadora, de rescate antropológico o etnográfico con interpretación histórica, es prueba de una reflexión potente y escasa en estos tiempos tan faranduleros.

Nos acercamos a este libro, hace poco más de un año, con curiosidad e incertidumbre. Por un lado, el tema es espinudo, profundo y apasionante; por otro, su autora es una historiadora dueña de su oficio, de su verbo y de su pluma, y ha producido ya una obra pionera e ineludible<sup>1</sup>. ¿Habría desilusión o mayor admiración hacia su trabajo? ¿Qué luces y qué dimensiones aportaría su propuesta? ¿Lograría conciliar osadía, delicadeza, franqueza y prudencia a la hora de escudriñar, comprender y luego compartir los recovecos del alma y del actuar humanos, así trágicamente reunidos? La respuesta empezó a fraguarse en las primeras páginas leídas y no decayó en ningún momento. La lectura ha sido tan interesante como creciente la convicción de que “ésta es” la manera en que se debe hacer historia, hoy, sobre los sujetos, las prácticas de justicia, los cuerpos y las corrientes de pensamiento – filosófico, político, religioso, literario, etc. –, acerca de cualquier tema bisagra que involucre a la vez al individuo, el entorno y las instituciones.

La doctora Godineau emprendió este estudio hace ya más de una década, y lo hizo con el objetivo de alcanzar, en el complejo y ultraexigente medio académico francés, el rango de Directora de Estudios, esto es, obtener el reconocimiento de sus pares – representados por una comisión – quienes, mediante este paso ritual, le otorgan legitimidad para dirigir investigaciones de grado y de posgrado<sup>2</sup>. El jurado que evaluó la

---

<sup>1</sup> Godineau, Dominique, *Citoyennes tricoteuses. Les femmes du peuple à Paris pendant la Révolution française*, Editions Perrin, París, 2004 [1988], 417 p.

<sup>2</sup> No contentos con la tesis doctoral, normalmente desarrollada bajo tutela, amparo y sombra de algún historiador consagrado, los franceses deben realizar a continuación otro estudio, tan profundo o más que el anterior, de manera independiente, autónoma e innovadora, destinado a conseguir una aprobación pública

calidad de su trabajo recomendó unánimemente su prontísima publicación: su “presentación de trabajos”, que es el nombre que recibe la ceremonia, fue muy concurrida y aplaudida, y su senda será seguida, por quiénes se dedican, por ejemplo, a la Louisiana Francesa<sup>3</sup>.

Aclarado el contexto de la empresa investigativa y el antecedente de la aparición del libro, tratemos de la obra: se compone de una breve introducción, cinco extensos capítulos, una somera conclusión, abundantes notas, anexos indispensables (ocho densas tablas), y el detalle de fuentes y bibliografía consultadas. Precede todo ello la página de agradecimientos, donde comprendemos el lazo que une a la investigadora con historiadores emblemáticos de la historia cultural-social de las representaciones y del cuerpo, Arlette Farge y Roger Chartier, adhiriendo con ello a lo que hoy se conoce como una “historia cultural y política de las sensibilidades”, campo que exige desarrollar “un tratamiento histórico de las emociones”. Yendo más allá, Dominique Godineau ejercita con estilo personal, agudo y valiente, su formación de “historiadora de lo social a la francesa” – método sistemático y riguroso, de infatigable frecuentación de archivos manuscritos (personalmente y no mediatizada por ayudantes), manejo sereno de montañas de registros, debates, y posibilidades interpretativas. El resultado presta especial atención a los sujetos, sus circunstancias y contextos, antes que al establecimiento de tendencias o leyes generales. Todo ello, teñido por su compromiso con la historia de las mujeres (que no puede existir sin la historia de los hombres) y el empleo certero de la categoría género en sus análisis y en su narrativa.

El inicio del libro aficha dos referencias, que, simultáneamente, subrayan la orientación compleja, pero a la vez sutil, de la propuesta. Por un lado, en epígrafe, la frase “deseo para todos una felicidad perfecta”, redactada en 1795 en un pequeño papel por un joven jefe de hogar acomodado, querido de los suyos y sin penurias económicas u otras, que se suicida discretamente en el subterráneo de su casa cuando deja de creer en la posibilidad de un mundo republicano justo, es decir, cuando se decepciona de los valores y proyectos revolucionarios (a los que adhería sin que su familia y cercanos supieran). Por otro lado, los primeros párrafos de la introducción narran, como imagen de apertura, las últimas horas de dos jóvenes militares, apuestos, gallardos y cultos, que se suicidaron juntos luego de departir (comer, beber, conversar y reír) con desconocidos en una taberna-albergue, lugar donde decidieron acabar con sus días. Es 1773, los dos varones dejan abundantes escritos de despedida (a sus amigos, familiares, superiores en el ejército) y también legan un “testamento filosófico” destinado al público en general, donde desarrollan un posicionamiento preciso respecto del acto voluntario de quitarse la vida.

---

de los colegas en un certamen de disertación y discusión con un jurado que hace las veces de panel de especialistas. El cumplimiento de este acto les autorizará, o validará, para guiar trabajos de estudiantes, para erigirse en maestros de los que están aprendiendo a investigar.

<sup>3</sup> Así fue anunciado por la Doctora Cécile Vidal (EHESS de París) hace unos meses, cuando informó que estudiará el suicidio y la esclavitud en los siglos XVII, XVIII y XIX de esos espacios.

Estas dos entradas delimitan los contornos por los que se moverá la autora. Discutiendo abiertamente con las sobreutilizadas aproximaciones sociológicas de Durkheim y Holbwachs<sup>4</sup>, de quiénes se distancia anunciando que no levantará reglas de comportamiento, ni construirá tipologías, ni evaluará tendencias; matizando afirmaciones generalizantes de historiadores que antes abordaron el tema, para este periodo u otro (Bayet, Cobb, Schmitt, Minois<sup>5</sup>); y declarando su admiración por la aproximación de Mac Donald y Murphy para la sociedad inglesa<sup>6</sup>, con quiénes dialoga en varios pasajes – gesto galo deferente que valoramos –, Godineau se detiene a explicar y meditar sobre “casos” que rompen con los estereotipos, que desmienten tendencias gruesamente repetidas, que cuestionan lo que sabemos sobre las motivaciones y significados del suicidio.

Para lograrlo decidió abordar su objeto de estudios desde un abanico amplio de fuentes. Por un lado, los casos sobre suicidio o intento de suicidio disponibles en los archivos de policía, y los expedientes judiciales que conciernen el mismo tema. Para ambos, su opción fue estudiar comparativamente lo disponible para la jurisdicción de París y lo conservado para la jurisdicción de Bretaña, región situada al oeste y que durante el siglo XVIII, como muchas otras provincias del territorio de la monarquía francesa, conserva características señoriales, esto es, localismos regionales que obedecen a costumbres, lengua y culturas distintas de la ciudad capital. Por otro lado, analiza los escritos de memorialistas y cronistas parisinos que recogen noticias, rumores y debates que agitan al pueblo (Mathieu Marais; Edmond Barbier; y Siméon-Prosper Hardy, quien, por ejemplo, menciona 300 suicidios ocurridos en París entre 1766 y 1789). También estudió a los filósofos de Las Luces y sus disertaciones acerca del suicidio; a los escritores que retoman historias verdaderas para inventar y representar sus ficciones; a los publicistas, columnistas e intelectuales, hombres y mujeres, que opinaron y animaron las polémicas sobre este tema en periódicos y salones, incluyendo allí también, en pálido reflejo comparado a la abundancia de las otras fuentes, la voz católica sobre este tema. El resultado es una gran riqueza de entradas, que sin lugar a dudas complejiza los rasgos, características y momentos de cualquier análisis.

A partir de la afirmación de que el suicidio fue un “tema de sociedad” vigente en tierra francesa a lo largo del siglo XVIII, con defensores y detractores, la autora demuestra que su existencia cubrió todos los niveles de la sociedad durante la centuria completa. Con ello demuele interpretaciones que lo han circunscrito binariamente a las ricas élites aproblemadas por temas de honor o deudas insalvables y a los súbditos miserables atormentados por la hambruna. Igualmente, a lo largo de sus páginas estallan

---

<sup>4</sup> Durkheim, Emile, *Le suicide: étude de sociologie*, París 2002 [1897; 1930]; Halbwachs, M., *Les causes du suicide*, París, 2002 [1930].

<sup>5</sup> Bayet, A., *Le suicide et la morale*, París, 1922; Cobb, R., *La mort est dans Paris. Enquête sur le suicide, le meurtre et autres morts subites à Paris, au lendemain de la Terreur*, París, 1985 [1978]; Schmitt, J.-C., “Le suicide au Moyen Âge”, *Annales ESC*, janvier-février 1976, p. 3-28; Minois, Georges, *Histoire du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, París, 1995.

<sup>6</sup> Mac Donald M. & Murphy, T. R., *Sleepless Souls. Suicide in Early Modern England*, Oxford, 1990.

prejuicios acerca de las causas, hasta ahora mecánicamente repartidas según explicaciones sintetizadoras: la enfermedad (confinada a locos delirantes, enfermos depresivos, melancólicos incurables); el sentimentalismo de enamorados que se resisten a sufrir pérdidas o rechazos; el lugar imposible de militares derrotados o líderes revolucionarios asediados. Lo que ella recupera, en un gesto humanizador y político no menor, es una diversidad legítima en lo que tiene de vivencia del drama y de la libertad individual, inserta siempre en contextos históricos definidos, para, desde allí, pensar y comprender devenires y reacciones sociales (singulares, colectivas, institucionales) acerca de decisiones muy difíciles de integrar y clasificar. Su apuesta implica respeto por esos gestos siempre intrigantes y amplitud de miras para no pensar acelerada ni burdamente sus explicaciones y efectos.

Su análisis implica también la recogida, en diversos escritos, de las abundantes expresiones empleadas cotidianamente para referir al acto de quitarse la vida. Recordando que la palabra “suicidio” no existe en el vocabulario de inicios de siglo, su exploración muestra no solo la riqueza metafórica de lenguajes llenos de imágenes, sino la fina comprensión que tuvo, siempre, el entorno inmediato para con los suicidas. Igualmente revisa los casos más bullados, los llamados “suicidios célebres”, recogidos por la leyenda urbana y mitificados en coplas, caricaturas, literatura moralizante. Su intención es indagar qué tienen de verdadero, cómo y por qué fueron manipulados, quién los utilizó, en qué medida y para qué; asimismo, explorar la recepción, ¿por qué se repiten esas historias, qué sensibilidades permiten que se reproduzcan, qué sentidos son los que vehiculan y despiertan? Situándose también en el contexto europeo de la historia de las ideas, descarta el análisis de discursos literarios o intelectuales (que buscan por ejemplo, medir el peso del *Werther* de Goethe en la cantidad de jóvenes aristócratas y burgueses suecos o alemanes, entre otros, que habrían optado por suicidarse), y anuncia que no debatirá ni tomará partido respecto de los que aprueban o rechazan el suicidio. Tampoco lo definirá calificándolo, ni buscando culpables en los sistemas políticos, en los líderes intelectuales, en las crisis económicas, y mucho menos procurará explicar qué motivaciones llevaron a sus autores a concretarlo. Su respeto de investigadora comienza en ese “ángulo muerto” (es su expresión), justo donde no miraron los que antes, guiados por el morbo y el sensacionalismo, y a veces por un malentendido afán cientificista, fueron a desmenuzar los hechos como si se tratara de un misterio policial. Su apuesta es conocer las prácticas de suicidio, estudiar su dimensión individual y singular precisamente porque “el suicidio no es un un hecho social objetivo, sino que existe en el seno de una compleja red de representaciones mentales”, cuya articulación interesa y motiva a la autora. Y aunque los que intentan el suicidio numéricamente sean pocos, marginales, respecto de la totalidad de la población, esos márgenes son, para un historiador implicado con las sensibilidades, un lugar legítimo para estudiar y pensar a la sociedad.

En esa lectura inteligente de la cotidianeidad de quienes quieren terminar sus vidas, son vitales los archivos policiales y judiciales. El corpus está constituido por distintos conjuntos documentales. El primero reúne cerca de 500 informes que tratan de intentos

de suicidio, o de suicidios efectuados, producidos por los 48 comisarios responsables de los 20 barrios de París entre 1720 y 1812. Otro conjunto agrupa 75 procesos de justicia instruidos por el Lugarteniente de lo criminal, juez principal del juzgado de Le Châtelet, quien trabaja estrechamente coordinado con el Fiscal Procurador del Rey mediante instrucción escrita y secreta. Un tercer grupo lo constituye un conjunto de 90 casos judiciales recibidos en apelación por el Parlamento de París (de ellos, 60 provienen de jurisdicciones provinciales). Y el más pequeño, un grupo de 20 expedientes judiciales recibidos en apelación por el Parlamento de Rennes, en Bretaña, en un contexto en el que los Jueces de Paz locales siguen los juicios criminales, recogiendo informaciones e interrogando testigos, donde se inscriben los intentos de suicidio.

La autora decidió, sin embargo, no tratar estos conjuntos de manera aislada, sino articularlos con los otros insumos reunidos (arriba enunciados) y trabajarlos, distinguiendo siempre sus particularidades, en función de cinco grandes temas, los que guían igual número de capítulos.

Así, el primero, titulado “El cadáver ante sus jueces”, aborda en 68 páginas, que contienen unas cuantas tablas con información condensada, aspectos procedimentales de la policía y de la justicia ante cada noticia de un posible suicidio o intento de suicidio. Capítulo apasionante para los interesados en la historia de la justicia, sus cuatro partes informan sobre, por ejemplo, la interrelación entre el cura, el comisario y el cirujano, tres hombres capitales en su acercamiento al moribundo, al cadáver y a las intenciones que hubiera podido tener el alma del pecador-criminal, al menos hasta 1791, año en que el suicidio en Francia deja de ser considerado un crimen (novedad mayúscula cuando se recuerda que desde la Edad Media el suicidio es condenado como máximo pecado y crimen gravísimo). Igualmente se aprende sobre el modo en que se penaliza, simbólicamente, material y financieramente al suicida – castigo concretado en el “cadáver”, en su memoria y en su eventual patrimonio –, el que, si ya murió, en juicio solemne ha sido representado por un Procurador especialmente nombrado, quien puede también apelar, como se suele hacer, de sentencias consideradas excesivas. Se distinguen los matices de los procedimientos investigativos, muy acuciosos y largos en Bretaña – donde el cadáver del suicida es embalsamado y conservado hasta por años en la cárcel, junto a presos y guardias, en espera de sentencia –, y más expeditivos, no por eso más justos, en París. También aparecen las maneras de describir e interpretar las pruebas de la intención suicida, y de interrogar o juzgar a los sobrevivientes (viudas/os, parientes, amigos, amantes, padres, patronos, compañeros de labores, etc.); los disimulos, negociaciones y acuerdos para ocultar la ocurrencia de un suicidio incómodo (de un noble, de un miembro del Parlamento, de un intendente, de un obispo) junto con las venganzas, maldades y descuidos que los agrandan, inventan o denigran a partir de rumores que atribuyen excesivo celo o corrupción a algún comisario o juez. Porque durante décadas se aplicó castigo infamante al cadáver del suicida, buscando dañar su memoria personal – y por extensión, manchar a su familia, su casa, su estirpe – e imprimir en la población el terror disuasivo para evitar incluso la idea de querer quitarse ellos mismos la vida, un bien que, se les recuerda, puede ser administrado

exclusivamente por Dios y el Rey. Brillantes son sus páginas acerca del cuerpo y la memoria según las prácticas policiales (que todo lo averiguan y tanto sospechan) y judiciales (que todo lo ponderan para sancionar o exculpar), y del lugar, legítimo o no, destinado por la policía y la justicia, a las voluntades y devenires singulares de los que intentan el suicidio: resalta la idea de que la desesperación, tan descalificada y perseguida en el medioevo, ahora comienza a aceptarse como motivo posible y, en consecuencia, a no castigarse, dejando el alma y sus tormentos de lado para privilegiar el control de cuerpos útiles que, incluso desesperados, pueden servir a su rey.

El segundo capítulo, titulado “Mirada(s) de conjunto”, propone, en sus 32 páginas, un retrato colectivo, sociológico, del grupo de personas que intentaron suicidarse o que se suicidaron durante el siglo XVIII, estudiando variables como sexo, edad, oficio, clase, entorno familiar u hogareño, momento, lugar y los métodos empleados. Con este capítulo se relacionan las tablas y cuadros situados al final en anexo (opción editorial que no compartimos), las que muestran por ejemplo que, tanto en los escritos de memorialistas y cronistas como en la documentación policial y judicial son más numerosos los varones en el intento y en la concreción del suicidio; que el mayor número de intentos de suicidio masculinos ocurren cuando éstos viven la década de los 40 años, cosa que en las mujeres sucede cuando viven la de los 20; que entre las suicidas de quienes se conoce la ocupación, existen militares, clérigos, nobles, sirvientes y domésticos (muy numerosos), artesanos, comerciantes, obreros, burgueses, campesinos, y una variedad de oficios urbanos (lavanderas, músicos, estibadores, sastres, peluqueros, orfebres, policías, boteros, notarios, abogados, profesores, etc.) También, se nos informa sobre los medios empleados (estrangulamiento, agresiones con arma blanca o arma de fuego, lanzarse al río – donde las mujeres son mayoritarias –, lanzarse por la ventana, envenenamiento), y los motivos argüidos, los que se conocen si es que los fallecidos dejan escritos, o cuando se interroga a los sobrevivientes. De paso, nos enteramos que la censura impide en Francia publicar listas y escritos de suicidas, práctica muy difundida en sus pares londinenses.

El tercer capítulo, titulado “Los caminos de la desesperación”, analiza en sus 62 páginas numerosas historias singulares, que la autora expone en siete subpartes con títulos evocadores: ‘Los apuros materiales’; ‘Restarse al castigo de la justicia’; ‘Lo privado: penas de amor y tensiones familiares’; ‘¿Sufrimientos físicos?’; ‘Aburrimiento de la vida, disgusto de la escena universal, melancolía: ¿males de los ociosos?’; ‘Figuras de la locura’; ‘De la religión y de la felicidad’.

La fineza de la autora y la densidad de las experiencias relatadas constituyen el nervio de este apartado, donde se multiplican las abundantes expresiones, empleadas por quienes debieron dar un sentido a lo ocurrido (los mismos suicidas, en cartas o interrogatorios, cuando sobrevivieron, y sus cercanos): “ya no se pertenecía”, “su cabeza estaba mal organizada”; “mi corazón está extraviado de pena” o “la vida se me hace incómoda” son algunas, que denotan la profunda sensibilidad de un siglo que no le hace el quite a los sentimientos y que vive en su cuerpo el dolor y la angustia.

También confronta, sistemáticamente, los vocabularios de lo supuestamente verdadero (relatos policiales y judiciales) con las fantasiosas narraciones de memorialistas y cronistas, quienes, no siempre desde la honestidad, alían los rumores que recogen con sus estereotipos y prejuicios – cuidadosamente verificados por la autora cuando ha existido expediente judicial sobre alguno de los suicidios por ellos narrados –, como si tuvieran el deber de moralizar o pontificar allí donde, por falta de información y de certezas, no saben qué decir: los suicidas dejan siempre oscuridades y generan vacíos.

El estudio minucioso permite descubrir, por ejemplo, que no hay mujeres que se suiciden por deudas, y que al contrario, son numerosas, en todos los niveles sociales, las encargadas de administrar los patrimonios de la pareja (a veces minúsculos), y varias también deciden qué se invertirá, dónde y cómo. Las mujeres son más numerosas en querer suicidarse junto a sus pequeños hijos, y en declarar, cuando son salvadas, que lo han hecho porque llevan días sin comer y no vislumbran solución al hambre (aunque los comisarios establecen muy rara vez en sus conclusiones que la miseria material ha empujado a algún suicida). Otro matiz que humaniza singularidades dentro de un colectivo mirado siempre como masa informe: aparecen escritos de suicidas artesanos (por ejemplo, un panadero) que dicen cuánto les aburre el oficio que desempeñan, diciendo un estado del alma que, según Voltaire, no podía surgir sino en los ociosos aristócratas, ya que el “honesto trabajador” jamás podría tener tiempo para pensar en su propia ocupación, dadas sus urgencias de pan cotidiano. También importa valorar la abundante cantidad de suicidios cometidos en prisión – y no solo en la Bastilla – antes o después de conocer la sentencia (con frecuencia, feroz), evocando no la culpabilidad del crimen enjuiciado (que no aparece), sino el terror a la brutalidad anunciada, lo que remonta al antiguo conocimiento, para el pueblo francés, de la imposibilidad de escapar indemne a los castigos de la muy severa justicia del rey. El estudio de casos permite distinguir también suicidios terribles de aceptar, antes y ahora, como los de niños y niñas menores de 10 años, brutalmente maltratados por padres y madres, o por patrones del taller donde son aprendices, y los suicidios de jóvenes embarazadas (con frecuencia sirvientas o domésticas), doblemente demolidas y aisladas por el rechazo de sus parejas – o sus estupradores – y por la maledicencia que las juzga. Finalmente, porque no son tan escasos, surge también la vivencia de numerosos ancianos, en su mayoría varones, que, solitarios (viudos o solteros), se suicidan (o lo intentan) porque ya no tienen fuerzas para salir a buscar la comida diaria o porque no pueden soportar la enfermedad que los consume.

El cuarto capítulo, denominado “Individuos y sociedad”, trata en sus 52 páginas de los vínculos profundos y variados entre quienes tratan de quitarse la vida y sus entornos afectivos (desde el hogar hasta el edificio o la calle compartida), según la premisa que dice: “escrutar los sentimientos, las sensibilidades y los comportamientos individuales en el pasado no es más que el primer paso del historiador [porque] lo importante es entender cómo se viven y se expresan los caminos del desamparo y el sufrimiento”. Godineau analiza numerosos casos, con frecuencia los más ricos en información



relevante para esta mirada, a través de cuatro subpartes: ‘Prepararse para morir’; ‘Dobles suicidios y escenificaciones’; ‘Últimas cartas’; ‘El entorno ante el suicidio’.

Así, entre muchas otras cosas, aprendemos que en el vasto conjunto de cerca de 700 documentos que tratan de intentos de suicidios según la policía y la justicia (informes, notas, expedientes judiciales, informaciones sumarias, denuncias, partes policiales, minutas, vistas fiscales, etc.), existen 115 cartas escritas por 85 autores – de ellos, 17 son mujeres. Los mensajes pueden ser muy breves u ocupar decenas de hojas escritas por ambos lados; algunos se resumen a “estoy aburrido de todo”, otros precisan una falta (“no supe sobrellevar mi desesperación”) y otros elaboran disertaciones fundamentadas, destinadas a convencer a un oponente concreto. Igualmente, aparece el lenguaje de la suerte, la fatalidad y el destino, que no ha querido ser favorable y ante el cual no se puede seguir luchando. También aprendemos que hubo “suicidios románticos”, donde muy jóvenes parejas enamoradas asediadas (por los padres de alguno de los dos, con frecuencia) deciden terminar sus vidas al estilo de Romeo y Julieta (metáfora jamás evocada por la autora), o matrimonios unidos durante largos años, que, desesperados ante situaciones insalvables, generalmente económicas, deciden morir juntos.

Aquí se analizan igualmente los vocabularios que dicen los sentimientos dolorosos, como la pena, la tristeza o la melancolía, y las metáforas que describen la fragilidad de espíritus juzgados “demasiado sensibles” por sus parientes y cercanos: se habla de quienes tienen “la imaginación herida” o “una pena que no termina”, y también, de quienes “viven en paisajes angustiados”, atormentados por persecuciones, espionajes y trampas, pesadillas y delirios insoportables pero, subraya la autora, exactamente elaborados en la vía que a la policía y su clima de sospecha, vigilancia y averiguaciones sigilosas, le interesa crear. Nos permitimos nosotros avanzar un importante contraste con estudios para América Latina de inicios del siglo XX: poco aparecen, en estos casos de intentos de suicidio en el París del siglo XVIII, las influencias del abuso del alcohol, el embrutecimiento del trabajo y sus horarios y ritmos devoradores, la nostalgia de la provincia de origen y la soledad de la gran urbe.

Por otra parte, la autora se sorprende, teniendo en cuenta las cifras avanzadas por los estudiosos ingleses arriba mencionados (que analizan población cristiana anglicana): son rarísimas las referencias al Diablo en la explicación de eventuales tentaciones suicidas. Ella avanza la hipótesis de que la mentalidad católica conservadora, con frecuencia vinculada a la nobleza, oculta eficazmente a sus suicidas (para escapar del estigma social y moral), y que, si culpa, arrepentimiento, pecado y Diablo existieron, no serán explicados a los oídos policiales y judiciales, sino, eventualmente, a los eclesiásticos. Una última idea que debe mencionarse: la autora subraya hasta qué punto la apología de la felicidad, como valor y como situación de vida – tema recurrente del siglo XVIII, entre los filósofos y en el debate público –, pudo erigirse en modelo inalcanzable, presión insoponible y causa de angustia para miles de personas, entre las cuáles hubo desesperados que, contrastando sus desdichadas existencias con el ideal por todos lados

divulgado, cruel exigencia imposible de alcanzar, prefirieron “huir de la vida” antes que continuar verificando que no eran felices.

Finalmente, el quinto capítulo, titulado “Suicidio y acontecimiento”, analiza en sus 64 páginas la posible influencia, en los suicidas, de los eventos mayores, como las crisis económicas del Antiguo Régimen o la seguidilla de acontecimientos experimentados durante la Revolución (1789-1799). Destaca su muy acucioso análisis de los momentos duros del acontecer material del siglo (hambrunas, guerras, crisis económicas), y muy especialmente, de la década revolucionaria, donde va distinguiendo etapas con fineza de relojero. Surge el “suicidio político revolucionario”, realidad muy francesa, el cual la autora estudia como resultado de una doble influencia: por un lado, la genealogía histórica del suicidio francés parisino, que ella misma ha mostrado; por otro, la elaboración teórica y glorificación que filósofos e intelectuales han realizado del suicidio republicano romano, eminentemente masculino. Demuestra que si hubo algunos suicidios realistas, fueron para honrar la muerte del rey y evitar vivir bajo un sistema republicano; pero, subraya, los defensores de la causa monarquista, más que buscar suicidarse, pidieron ser eliminados como su rey, esto es, pidieron ser guillotinado, reviviendo un imaginario de mártires cristianos. Muy distinto es la seguidilla de numerosos suicidios de líderes revolucionarios, algunos colectivos, que prefieren la muerte autoinfligida antes que la guillotina y la infamia que luego sigue a sus cuerpos, cuando son juzgados como criminales.

Godineau destaca dos cosas: por un lado, no se trata de un simple escape al castigo, sino de la búsqueda de gloria en nombre de la República, según el modelo romano de Catón y Séneca; y por otro, no se trata de melancolía propia de algún carácter depresivo, sino de una elaboración argumentada. La autora subraya: los participantes de la revolución saben que arriesgan la vida con sus iniciativas, compromisos y prácticas, y suicidarse para ellos no es una postura cobarde o de abandono de la causa, sino de agotamiento en la creencia de un cambio honesto, y lo demuestran mediante cartas y otros escritos el duro sacrificio que muchos hacen, porque a través del amor a los hijos y esposas dejan claro que no desean morir y que creen en la vida alegre y buena, republicana y ciudadana, pero que lo hacen porque han empeñado sus palabras y porque no desean ser juzgados como traidores por sus exaltados enemigos, crimen mayúsculo cuyo castigo siempre es el más infamante. Igualmente, enfatizando que esta parte de la realidad revolucionaria no ha sido abordada, la autora prueba que numerosos son los adherentes a la Revolución que no son líderes ni activistas, sino anónimos parisinos simpatizantes que creyeron y confiaron en la promesa de cambio desde los inicios, y que estuvieron muy implicados anímicamente – no directivamente ni asociativamente – en las esperanzas de verdadera revolución, pero que se hallaron, luego de los años, desorientados y desilusionados por la violencia brutal de los distintos bandos, por la inseguridad y por las luchas intestinas, y que en consecuencia, sobrepasados, se suicidaron. Uno escribió “ya no sé cuál es mi lugar” (completa la autora: ante las arbitrariedades que se repiten sin cesar, “los hombres miran, las mujeres se callan”, nadie reclama porque rebelarse significa el arresto, el juicio imparcial,

sumario y secreto y con gran seguridad, la muerte). Junto a ellos, hubo también otros suicidas que fueron riquísimos nobles en bancarrota y pequeños comerciantes que perdieron negocio y patrimonio, y numerosos militares, soldados o generales, que se suicidaron derrotados por enemigos internos o extranjeros, o bien arrepentidos de haber tenido que disparar “a sus hermanos” en un clima revuelto. Y termina este capítulo recordando el suicidio colectivo de decenas de revolucionarios, ocurrido en la isla de Guadalupe, y liderado por el mestizo Luis Delgrès en 1802: inscrito en la seguidilla de suicidios políticos por la gloria de la Revolución (y por el derecho individual de no someterse al juicio enemigo), – y agregamos nosotros, en la historia de la esclavitud donde la libertad y la muerte están estrechamente reunidas en la promesa de cambio después de un sacrificio extremo –, esos hombres prefirieron inmolarsse antes que ser derrotados por las tropas francesas venidas desde la metrópoli a sofocar la revuelta esclava en nombre de la igualdad ciudadana.

Después de este denso recorrido, que no resume ni con mucho este riquísimo estudio, evocaremos una sola idea de la conclusión: el suicidio, en su práctica y discurso, dice muchísimo de las sociedades donde ocurre. Es labor del historiador de las sensibilidades, de lo social y de lo cultural explorarlo, desde una perspectiva lo más honesta y respetuosa posible, para contribuir a su comprensión y enriquecimiento.

Para terminar, deseamos detenernos en la edición, que se presenta con dos facetas. La portada, pensada por Raphaël Lefeuvre es un acierto, nos ha gustado mucho la ilustración escogida, que recrea el gesto de Safo cuando se arroja a las aguas, y también la tonalidad, rojo oscuro en fondo rosa pálido, discreta evocación de la sangre sobre la piel. Pero, y de esta crítica no nos cansaremos, Armand Colin optó por reunir todas las notas al pie al final en 23 páginas impresas en una letra diminuta. Este valiosísimo acervo fue exiliado al patio trasero, lo que obliga a un uso enojoso, incómodo y destructivo del volumen. No es solo un desvío de la atención, en este ir y venir de hojas y miradas, sino un atentado contra la integridad del libro mismo: de tanto ir a buscar referencias, a conocer detalles de un tema específico, o entender el segundo o tercer sentido de una afirmación, en suma, de tanto dialogar con la autora, el objeto libro termina ajado y destripado. No entendemos cuál es el beneficio de separar dos aspectos hechos para coexistir en una misma página. Se dice que con esto no se espantan lectores que se distraen o asustan con las letras chiquitas en la parte de abajo de las hojas. El día en que los editores dejen de pensar que esos lectores son más numerosos que quienes leemos el libro de punta a cabo porque es un placer y también un trabajo; el día en que, abandonando la precaución de no alentar las eventuales fatigas de esos lectores impresionistas, se deje de obligar a tantos otros a realizar malabares; el día en que se comprenda que es mucho más estimulante acceder a los contenidos previamente estipulados por los investigadores... habremos recuperado la lectura conversada, integrada y pensante – no meramente distractiva.